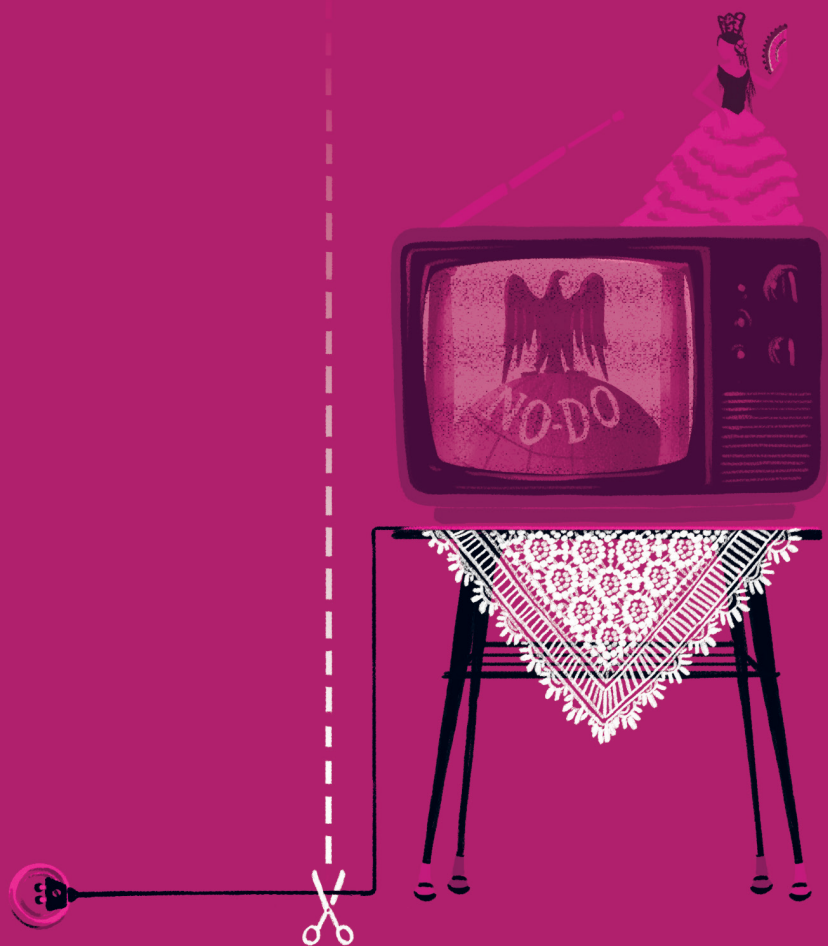


Mi abuelo

Javier Fernández López



Literatura



Mi abuelo

Mi abuelo

Javier Fernández López

Literatura

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Javier Fernández López
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2022

Diseño de la cubierta: David Guirao
Colección Literatura, n.º 21
Director de la colección: José Luis Calvo Carilla

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-542-1
Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D.L.: Z 1600-2022

A mis abuelos, Regino y Juan, a los que no conocí

Capítulo uno

La pandilla

Uno

—¡Joder, tíos! No os lo vais a creer.

Quien así habla, de forma precipitada, es Bolita, que acaba de acercarse corriendo hasta el cañizar, el lugar de reunión del grupo de amigos. Cuando llega solo están Juan, Sebastián, Lucas y Fernando, ya que las chicas, Elena y Teresa, no suelen acercarse a esas horas tan tempranas.

—Venga, habla, a ver qué es eso tan increíble que nos tienes que contar. —Es Lucas quien ha tomado la palabra.

—¡Hay militares buenos! —fue la respuesta de Bolita.

—¡Vale ya, no nos jodas! —ahora era Juan quien tomaba la palabra—. Bien sabemos, desde que nos lo enseñó el Patillas, que en España los militares han sido un cáncer.

—Por mucho que el Patillas haya sido nuestro mejor profesor y no hayamos puesto nunca en duda sus enseñanzas, puede haber otras personas tan legales como él.

—¿Sí?, a ver, listo, dinos quién —inquirió de forma vehemente Fernando.

—Pues mi abuelo. La otra noche estaba en casa conversando con un amigo suyo y oí parte de lo que decían. Y hablaron

bien de un general, creo que Prim, lo he buscado en un libro de Historia y hay uno que se apellida así.

—Yo no he oído hablar nunca de ese tío, a lo mejor es de alguna película —Fernando era nuevamente quien tomaba la palabra—, ya sabes que los mayores hablan a veces de novelas o de otras cosas de las que nosotros no sabemos nada.

—¿Y tu abuelo, qué sabe de esas cosas? —ahora era Sebastián, que había estado poco hablador hasta entonces, quien preguntaba.

—Macho, mi abuelo es un sabio. Desde que vive en casa no dejan de venir a verlo, todos los días, gente con aspecto de ser hombres importantes, y se meten en su despacho y están horas hablando. Yo, a veces, intento escuchar, pero no me entero de nada, aunque lo del Prim ese se me quedó. Hablaban muy bien de él.

En esos momentos llegaron Elena y Teresa, y no venían solas, ya que otra muchacha las acompañaba. Un ¡hola! colectivo las saludó y las miradas de los muchachos se clavaron en la cara de la recién llegada.

—¡Hola, chicos! —fue el saludo de Elena—. Esta que nos acompaña es mi prima, Ernestina, que va a pasar parte del verano en mi casa. Vive en Francia, en Toulouse.

Fernando, al que le gustaba llevar la voz cantante, fue el primero en dirigirse a Ernestina:

—¡Vaya, en Francia!, con lo que a mí me gustaría vivir allí. Dicen que en el cine se ve a parejas haciendo el amor.

—Bueno, no sé si se ven esas cosas que dices —contestó en perfecto castellano la francesa—, pues a mí no me dejan ir a ver ciertas películas, pero por las conversaciones que les oigo a los mayores, en mi país sí hay libertad, la que no tenéis en España.

—Ves, Bolita, lo contrario de lo que tú decías —Juan era quien hablaba—. Justo cuando habéis llegado estábamos hablando de los militares, de los que gobiernan en España, y este va y nos dice que hay un militar bueno, un tal Prim.

—Yo sé quién es ese militar —dijo Ernestina.

—¿En serio? —preguntó Sebastián—, pues ya nos dirás porque nosotros no hemos oído hablar de él nunca. Es más, siempre hemos pensado que todos los militares son malos y si es verdad que hay uno bueno, pues no estaría mal saber algo de él.

—No creáis que en Francia nos enseñan quién es Prim —volvía a tomar la palabra la prima de Elena—, lo que pasa es que en mi casa no quieren que me olvide de que nuestra familia es española y, junto con otros muchachos también del mismo origen, recibimos algunas clases de historia.

—Yo también sé quién es Prim —Teresa hablaba por primera vez—, ya que en casa hay un cuadro de un antepasado mío vestido de uniforme y de vez en cuando nos recuerdan que formó parte de una unidad militar que combatió en África a las órdenes de ese general.

—Pues si fue africanista no puede ser bueno, eso lo sabemos bien —nuevamente Fernando era quien hablaba—, ya que el Patillas nos explicó muy a las claras que los africanistas fueron los que se alzaron contra la República. Esos cabrones fueron los culpables de la guerra y de que hoy Franco nos siga jodiendo.

—Creo que os equivocáis —dijo Ernestina—, ya que Prim no combatió en la guerra civil. España ha combatido en África durante muchos años y este general fue muy valiente y, además, político, pero mucho antes, en el siglo XIX.

—Veis como es verdad lo que dice mi abuelo —apostilló Bolita—, a partir de ahora que nadie dude de que es un sabio.

—Vale ya de militares y de guerras, vámonos a la piscina, que hace un calor insoportable —Juan era el promotor de esta nueva iniciativa—, y, además, así podremos ver a la francesita con algún bañador chulo, de esos que no se ven por aquí.

—¡Guarro! —contestó Elena—, que siempre estás pensando en lo mismo.

Dos

Querido diario: hoy, 22 de julio de 1973, es un día que no olvidaré mientras viva. ¡Me he enamorado! Y ahora es de verdad, no como cuando hace cuatro años vi a aquella rubita entrando en el cine y se lo conté a mi madre. ¡Anda, idiota!, me dijo, hasta los catorce por lo menos no sabrás lo que es eso. Pues ya está, tengo catorce años y me he enamorado. ¡Qué preciosidad!, Ernestina se llama, y es prima de Elena. Vive en Francia y ha venido a pasar unos días por aquí. Y, además, es lista, ya que hemos hablado de unos militares que no sabemos quiénes son y ella sí lo sabía. ¡Qué pelo!, largo, rubio, y ¡qué ojos!, verdes, grandes. Cuando ha salido del vestuario, con su precioso bañador rojo, casi me desmayo. ¡Y qué elegancia nadando! Yo creo que Teresa se ha puesto algo celosa, pues apenas le hemos hecho caso en toda la tarde. Yo, desde luego, ya que no he tenido ojos más que para Ernestina. Seguro, es la mujer de mi vida.

Tres

Don Andrés llevaba pocos meses en España y había regresado por dos motivos, el fallecimiento de su yerno y su mal estado de salud. Tras tantos años en el exilio no quería morir allí, en el extranjero, y el repentino fallecimiento del marido de su única hija había precipitado los acontecimientos. Sus escasos ahorros, acumulados en Bolivia, en Cochabamba, como profesor de la Escuela de Guerra de ese país, y su presencia como apoyo para Inés, su hija, fueron decisivos para dar el gran paso, atravesar el Atlántico de oeste a este, el camino inverso del que hiciese 34 años atrás, en los estertores de la guerra civil.

A pesar de la discreción con la que su hija llevaba su regreso, temerosa de alguna represalia, las visitas al coronel republicano no se hicieron esperar. Para Inés fue una gran sorpresa que la primera visita fuese de Eugenio, marido de su amiga Gloria. Ambos se presentaron en su casa un domingo por la tarde y ella creyó que se trataba de una visita de cortesía, una de las muchas que se hacían en aquellos años, para charlar y pasar el

rato. Tras los saludos de costumbre y con el café ya servido fue su amiga quien le planteó abiertamente el objeto de su visita: querían ver a su padre. A pesar de su amistad no le había dicho a Gloria, ni a nadie, que su padre estaba de regreso del exilio, ya que se oían muchas historias y no quería arriesgar nada. Los meses que llevaba con ellos parecían desmentir cualquier aparición indeseada, pero cuanta más prudencia mejor.

Ante las palabras de Gloria y su primera reacción de sorpresa, pensó que tarde o temprano algo así ocurriría, por lo que les respondió con naturalidad. Su padre estaba descansando, tenía ya una edad y su salud no era buena. La mejor opción sería dejarlo para otro día, una vez advertido previamente don Andrés y a una hora más tardía, en torno a las ocho de la noche.

De acuerdo con esta previsión, dos días después Eugenio llegó a casa de Bolita y pasaron al despacho que fue de su padre y que ahora utilizaba para sus cosas el abuelo.

—Don Andrés, supongo que su hija Inés ya le habrá dicho que soy el marido de su amiga Gloria. Me llamo Eugenio y soy de absoluta confianza, puede usted estar tranquilo.

—Joven, tengo ya unos años y no me altero con facilidad —fue la respuesta de don Andrés—, por lo que tarde o temprano sabía que mi presencia en casa de mi hija dejaría de ser un secreto. Mi duda era si la primera visita sería oficial, para notificarme algún documento negativo para mí, o la de alguien que quisiera darme la bienvenida. Parece que, afortunadamente, ha sido esta segunda opción.

—Mi coronel, es para mí un honor poder hablar con usted. Pertenezco al Partido Comunista y a pesar de todos los fracasos habidos en estos años tan oscuros y largos seguimos creyendo en la utopía de derrocar a Franco. No tema, no vengo a pedirle nada, solo queremos manifestarle nuestros respetos. Tiene todo el derecho del mundo a pasar en tranquilidad con su hija y nietos los años que le queden de vida. Si en algún mo-

mento quiere hablar con nosotros, darnos alguna información, lo que sea, que su hija Inés hable con mi esposa Gloria y yo vendré encantado.

—Eugenio, me agrada mucho hablar con alguien que veo sintoniza conmigo. Al regresar no pensé en poder recordar, ni siquiera intelectualmente, mis años en defensa de la República, por lo que le agradezco mucho la visita y cuanto me ha dicho en ella. Espero que nos volvamos a ver. Y, si no le importa, debemos ponerle fin, ya que mi hija tiene unas costumbres sobre horarios y no quisiera disgustarla.

—Adiós, don Andrés, mi coronel. Ha sido un placer.

Cuatro

Querido diario, entrada del 30 de julio de 1973. Hoy he sentido por primera vez en mi vida deseos de matar a alguien. Y aún no he descartado el hacerlo. Ese cerdo de Fernando me ha arruinado el día. Habíamos quedado en ir al cine los cuatro, él y yo con las dos primas, Ernestina y Elena. Todos los demás estaban fuera o tenían que ir con sus padres a hacer algo. Echaban en el Capitol una romántica y a ellas les pareció bien ir al cine. A la francesita le gusta mucho, nos lo ha dicho varias veces, y la ocasión era inmejorable. A Fernando le había dicho yo hace unos días que me gustaba mucho, que me la dejara, que él, como chulito del grupo que es, tiene todas las que quiere. Y no me había dicho que no. Entramos al cine y ellas se sientan juntas, de forma que nosotros dos debemos sentarnos en los extremos y ese hijo de mala madre va y se sienta al lado de Ernestina, dejándome a mí junto a su prima. Me miró con una sonrisita que no me gustó nada y me pasó toda la película mirándolos, viendo a ver si hacían algo. Y lo hicieron, se cogieron de la mano, un instante, pero lo vi, el puto chulo estaba intentando robarme a la mujer de mi vida. Un cuchillo o con mis manos alrededor de su cuello, cualquier cosa me serviría para matarlo. Al salir del cine muy jé, jé, y bromitas, pero mi intención de asesinarlo no se me va de la cabeza.

Cinco

—Jo, tíos, el verano se acaba. —Quien así hablaba era Lucas, el que mejores notas sacaba y pasaba por ser el intelectual del grupo—. Y cuando se acerca septiembre me viene a la cabeza otro año la ausencia del Patillas y de nuestro juramento. ¡No descansaremos hasta que sepamos dónde está y la razón por la que desapareció de un día para otro! Un profesor cojonudo, que nos abrió los ojos y deberíamos dedicar los días que nos quedan de vacaciones para averiguar lo que sea.

—Hecho —fue la respuesta de Bolita—, y no debemos parar hasta que sepamos algo. Dejando a las chicas aparte y sin contar a Fernando, que lleva unos días desaparecido, quedamos cuatro. Vamos a repartir tareas.

—Yo —ahora era Juan quien hablaba— intentaré sonsacarle a mi madre, ya que la oí cuchichear mucho con otras madres cuando desapareció. Seguro que saben algo. Tú, Sebastián, como tu padre es también profè, tendrías que indagar por ese camino.

—Ya está. Bolita, a ver si Macario está contento con un par de vinos y nos dice algo. Y yo —volvía a ser Lucas el que tomaba la palabra— me haré el tonto buscando algún libro y le haré la pelota al hermano Salustiano. Y el sábado, a las cuatro, como siempre, aquí en el cañizar, con los deberes hechos.

Seis

—Padre —Inés entró con sigilo en la habitación que ahora utilizaba el coronel, que estaba leyendo—, hay ahí un señor que quiere hablar contigo. Me ha dado esta tarjeta, donde pone que es inspector de policía.

—Inés, espera un poco, voy a ordenar algo estos papeles. En cinco minutos lo haces pasar.

Pasado ese tiempo, un muy serio policía, era difícil disimularlo, entró al despacho de don Andrés, que lo recibió de pie y se dieron la mano.

Índice

Capítulo uno. La pandilla

Uno	11
Dos	14
Tres.....	14
Cuatro	16
Cinco.....	17
Seis	17
Siete.....	20
Ocho	21
Nueve	22
Diez.....	24
Once.....	25
Doce	29
Trece	32
Catorce.....	33
Quince.....	37
Dieciséis.....	39
Diecisiete	42
Dieciocho	48
Diecinueve.....	49
Veinte	52
Veintiuno.....	55

Veintidós.....	56
Veintitrés	59
Veinticuatro.....	63
Veinticinco.....	65
Veintiséis.....	68
Veintisiete	69
Veintiocho	73
Veintinueve.....	76
Treinta.....	82
Treinta y uno.....	84
Treinta y dos	85
Treinta y tres	90
Treinta y cuatro.....	93
Treinta y cinco	96
Treinta y seis	101
Treinta y siete.....	103
Treinta y ocho	105
Treinta y nueve	112
Cuarenta	116
Cuarenta y uno	117
Cuarenta y dos	121
Cuarenta y tres.....	125
Cuarenta y cuatro	127
Cuarenta y cinco.....	130
Cuarenta y seis.....	134
Cuarenta y siete.....	138
Cuarenta y ocho.....	139
Cuarenta y nueve	142
Cincuenta.....	146
Cincuenta y uno.....	151
Cincuenta y dos.....	152
Cincuenta y tres	156
Cincuenta y cuatro.....	158
Cincuenta y cinco	162
Cincuenta y seis.....	163
Cincuenta y siete	167
Cincuenta y ocho	170
Cincuenta y nueve.....	173

Sesenta	175
Sesenta y uno	179
Sesenta y dos	183
Sesenta y tres.....	187
Sesenta y cuatro	190
Sesenta y cinco	191

Capítulo dos. La guerra de Bolita

1. Carta a mi nieto	195
2. La guerra, antes de la guerra	198
3. Alemania, Italia.....	204
4. La URSS y las Brigadas Internacionales	206
5. Los crímenes más horribles.....	208
6. Las batallas famosas	213
7. Franco	222
8. Azaña, Largo Caballero, Prieto, Negrín	226
9. El franquismo.....	232
10. El exilio	235

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos
del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en noviembre de 2022



Los tres últimos años de vida de Franco. Una pandilla de amigos en plena adolescencia. Una madre viuda y un abuelo llegado ilegalmente a España desde Bolivia, donde ha pasado gran parte de su exilio. Un profesor británico que quiere conocer de primera mano las vivencias del que fue coronel y mano derecha del general Rojo en la Guerra Civil (1936-1939).

Todo eso y mucho más se lee en esta novela apasionante, escrita con la agilidad habitual en el autor. Recomendable para quienes ya tienen una edad y quieren recordar aquellos años y sus vivencias con sus abuelos. También para los más jóvenes, que podrán descubrir en sus páginas lo que fue el franquismo y la Guerra Civil, que hoy, más de ochenta años después de su finalización, nos sigue condicionando.

